

Rafael de Francisco López

De la mirada, la escucha y la palabra
Introducción a las técnicas
cualitativas de investigación social

Pandorado Ensayo

PANDORADO

ÍNDICE

I - A modo de introducción	11
II - Las metodologías cualitativas en las ciencias sociales	19
III - Algunas consideraciones teóricas previas	23
IV - Haciendo arqueología sociológica	31
V - La sensibilidad cualitativista en la constitución de la sociología en España	41
VI - La contrasociología anarquista	45
VII - El siglo XX hasta 1962	47
VIII - 1962, viendo la luz al final del túnel	51
IX - Las sociologías en el siglo XXI	55
X - Metodologías cualitativas vs cuantitativas	57
XI - Técnicas cualitativas y técnicas cuantitativas	61
XII - Técnicas cualitativas más utilizadas	69
XIII - La observación participante	71
XIV - La entrevista abierta o en profundidad	75
XV - El grupo de discusión	85
XVI - El diseño del grupo de discusión	93
XVII - Epílogo	99
XVIII - Bibliografía	107

I

A MODO DE INTRODUCCIÓN¹

Escribimos intencionalmente “a modo”, porque esta introducción supone algo más que una presentación, resumen o introducción a la escritura central del librito/panfleto que el lector tiene entre sus manos; algo que, en principio, no es otra cosa que un posible, o un artefacto más, de la caja de herramientas que tenemos para la práctica del oficio de sociólogo.

Por otra parte, advertimos al lector que se va a topar con un formato de escrito nada convencional, en el que se mezclan textos a modo tradicional con multitud de esquemas y cuadros, constituyendo una escritura pensada como apuntes o ayuda a diferentes cursos que impartió el autor sobre las técnicas de investigación cualitativa llevadas a cabo hace ya bastantes años en la sede del Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en CC. Políticas y Sociología.

1· En lo referente a la mayoría de los apartados de este escrito y aunque en ocasiones no haya referencias concretas a la escritura y palabra de Jesús Ibáñez, nos hemos nutrido de su enseñanza y de su magisterio al igual que el de otros de nuestros maestros, como Ángel de Lucas y Alfonso Ortí. En cuanto al peculiar texto introductorio y el epílogo, las originalidades y atrevimientos son exclusivamente nuestros.

Además, queremos que este peculiar y heterodoxo texto sirva como modesto homenaje a quienes construyeron en España estas metodologías de la escucha y la palabra; en primer lugar, al maestro de maestros, Jesús Ibáñez Alonso (1928-1992), seguido de Ángel de Lucas Matilla (1929-2012) y Alfonso Ortí Benlloch (1933-2023), con algunos otros maestros menores, pero maestros u oficiales de primera, como José Luis de Zárraga, Fernando Conde, Cristina Santamarina, Luis Martín de Dios o Manuel González García; un servidor solo fue un modesto aprendiz que, a golpe de trabajo y debiendo algo a Salamanca y muy poco a Natura, comenzó a ganarse la vida en el otoño de 1972 testando anuncios publicitarios y productos de consumo utilizando “grupos de discusión”. Al final, y sin necesidad alguna de soberbias y falsas humildades, resulta que, echando la vista atrás, habría realizado, maquetado, dirigido y analizado más de mil grupos de discusión, la suficiente experiencia y práctica como para atreverme a presentar al lector este abirragado escrito... Por si sirve para algo.

Como acompañamiento y dada la circunstancia de que el Pisuerga pasa por Valladolid, esta “introducción” quiere ser, además, un abundamiento sobre la genealogía de este peculiar oficio de mirar y escuchar al que desde el abate Sieyès (1780) y el politécnico Comte (1838) se ha convenido en rotular como Sociología.

Mientras que los otros capítulos son un *catón herramental*, más cerca de lo hecho que de lo dicho, este capítulo tan solo, o tan mucho, pretende ser un relato comprensivo sobre la genealogía de una paradójica manera de mirar a los humanos en relación con su convivir los unos con los otros y, especialmente, de los unos frente/contra los otros. Pretensión que ha

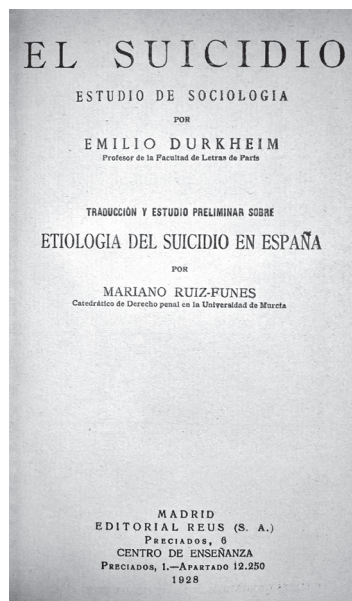
podido partir de nuestra insatisfacción y, al mismo tiempo, ser la respuesta al trasfondo epistémico y de cosa construida de cualquier saber de *l’homme des lettres* e, incluso, del considerado como científico o practicante de las quebradizas y a la vez sólidamente funcionales “ciencias duras”.

Probablemente, este asunto o menester del oficio de sociólogo —y, para no caer en redundancias y cacofonías habituales como los “hechos sociales” o el “estudio o saberes sobre la sociedad”— lo definiría el humilde y sabio maestro de sociólogos que fue y puede seguir siendo Alfonso Ortí Benlloch, con aquella aparente *boutade* de que la sociología es «*algo que vale para un roto y un descosido*».

Qué sencilla y sugestiva intuición la del maestro Ortí, presumiblemente como respuesta a la pregunta —inocente o malintencionada— de algún alumno preguntón al que, no gustándole una taza, se encontró con un signifiante y abundante tazón de tazones.

Pues sí, la sociología puede que no sea otra cosa que el forzado saber que la ya patente sociedad de la fábrica necesitaba academizar para justificar y racionalizar los rotos del Capital y recoser las insatisfacciones de las gentes del también ya visible colectivo de nuevos jornaleros forzosamente urbanos; la informe plebe, la carne de cañón de la “toma de la Bastilla”, en algo menos de cuarenta años se va convirtiendo en el aún débil pero intranquilizador fantasma del “proletariado militante”. Por esto quizá la vera sociología, a pesar de su madrugador acuñamiento por el cura Sieyès, es la que irían construyendo Comte y su patrón Saint-Simon; precisamente, la racionalización de las nuevas burguesías de la chimenea

y los dineros. Al fin y al cabo, la dicha/escrita sociología del cura, que solo sería cura unos pocos años, no intenta recoser ningún descosido sino, tan solo, hacer comprensible un nuevo modelo de socialidad edificado sobre las ruinas y los rescoldos de la Francia del Rey, para ser la Nación del Tercer Estado. En la sociología tímida y brevemente esbozada por el abate Sieyès estaría presente algo únicamente dicho y, además, escrito en *hojas volanderas*... En la de Comte, algo que no solamente está escrito, sino que ya se esboza como un hacer científico, precisamente al amparo de las ciencias físico-naturales, y que más tarde reforzaría Durkheim con sus *Reglas* (1895) y su hacer sociológico nominal y verdaderamente positivista, cerrando el círculo de una sociología tan solo dicha/escriturada por Comte. El gran salto del dicho al hecho de la sociología lo hará Durkheim con su estudio sobre *El suicidio* (1897).



Por eso, quizá, la ingenuidad y el apresuramiento al entender como sociología lo simplemente escriturado con el neologismo “sociología”, que nos lleva forzosamente a preguntarnos —y ya quedándonos en España— cuándo o desde cuándo se hizo o se comenzó a hacer sociología en nuestras tierras y desde nuestros saberes. Para ello tendríamos que partir de varias formas de registrar el asunto: la primera, no tan fácil, desde la escrituración o desde el decir el neologismo, el semantema, “sociología” de forma que la sociología o las sociologías españolas tuvieran que atravesar muchos arcos de ballesta para, en nuestros días y con pocas excepciones, devenir en una simple *demoscopia* que en un futuro cercano será aún peor, al conformarse en un simple *algoritmo*.

Y desde esta introducción, el lector nos puede permitir ciertos abundamientos en este asunto —para nosotros central—, a modo de otra lección sobre la lección (Bourdieu, 2002) de *la palabra, la escucha y la mirada* hechas sociología, habitualmente por intermedio de la escritura; precisamente, esa escritura de la que, según Platón, un astuto rey sabio desconfiara profundamente.

Razonar, hablar, reflexionar sobre la palabra, con lo que tiene de escucha y de mirada, supone algunas, muchas, cosas más; comentaremos en nuestro peculiar formato de escritura, que algunas de las técnicas como el “grupo de discusión” que utilizamos algunos sociólogos y psicólogos sociales por los años 70, puede que no nos valgan en la actualidad, sencillamente porque el *grupo social* ha sido suplantado por un simulacro que apunta más a lo epistémico que a lo funcional o coyuntural consistente en las llamadas “redes sociales”, que pueden ser redes pero nunca sociales, en la medida en que,

desde la Caverna preneolítica, lo social en los humanos es interacción y la interacción es siempre palabra y carne.

No queremos ahora profundizar más en algo como esto de la palabra, el cuerpo y la sociedad que, en algunos de nuestros últimos escritos —*Cuerpos desmenuzados* (2026) y *Rastreando huellas* (2026)— van apuntando y señalando nuevos modelos de sociedad que nunca, o muy difícilmente, serán de socialidad sino de des/socialidades, aprisionadas por nuevas racionalidades, tecnologías y formas del Capital, impensables hasta casi nuestros días.

Quizá no tan sorprendentemente, va ser un político norteamericano ayudado y sostenido por la punta de lanza del Capital de la tardomodernidad el que, casi sin respirar, nos está lanzando ideas para materializar sus estrategias para acabar de enterrar la palabra y su memoria en proyectos sobre espacios —Gaza, Groenlandia— y cuerpos habitados desde su desmenuzamiento, su descarnalización/digitalización y su libertad, en suma, deshabitados de su cuerpo, o lo que es peor, habitados por una quimera de cuerpos apacentados y felices, porque no son cuerpos, y no son cuerpos porque se les ha negado la palabra, y negar la palabra será siempre, siempre, abortar la libertad.

Será a partir de estas digresiones a vuelo de teclado de ordenador cuando, posiblemente, nuestro escrito sobre las metodologías cualitativas pueda saltar del simple catecismo didáctico para dar paso a reflexiones más sistémicas o estructurales, de manera que la palabra, en su encarnadura con el cuerpo, suponga el único muro de contención ante las nuevas tempestades, no ya *de acero* —como apuntase Jung en 1920—,

sino de silicio. Sociedades de silicio porque el nuevo capitalismo no es de plata ni oro, sino de tierras y metales raros, y sus palanganeros simplemente los que tienen que ser, sencillamente bobos y malos, que es la peor manera de ser malos o de ser bobos, aunque hayan pasado por Salamanca.

Y ya, finalizando, puede que esas sociologías cualitativas de la palabra de algo nos puedan servir a la hora de resistir lo que nos pueda deparar una nueva sociedad de poderes, felicidades y progresos digitalizados ofreciendo quimeras que no suponen otra cosa que decoradas injusticias, esclavitudes y sufrimientos tan insufribles, que se toman como regalos de un Capital al que, incluso, no se le pueden dar patadas en el culo, porque siendo digital, no lo tiene... y ni siquiera se le toma por Capital.²

2· Vide: Rafael de Francisco López, *Rastreando Huellas*, en preparación para su impresión.